

TOLEDO

Francamente, al escribirte algo sobre esta ciudad, no se cómo ni por dónde empezar. Tengo una impresión de conjunto de cuyas causas no me doy cuenta precisa; y yo quiero, como siempre, escribirte con sinceridad, darte la sensación real y sus resonancias inmediatas.

Esto es una maravilla. Pero ¿por qué?

Yo recuerdo aquellos cuentos disparatados é inverosímiles que nos contaban las criadas viejas cuando éramos muy niños. Sus impresiones persisten quizá en nuestro espíritu; han sido acaso base de muchas de nuestras ideas de hombres; han contribuido á la formación de nuestro carácter. Y sin embargo, el relato mismo se ha borrado por completo de nuestra memoria. Es que no tenía consistencia, ni protagonista, ni proporciones, ni acción racional; era la contradicción, nada.

Toledo tiene algo de esos cuentos.

Creo que lo maravilloso de esta ciudad está en nosotros mismos; en la proyección de todo esto sobre nuestro espíritu. Es la sombra de una cosa grande, proyectada por el sol al ponerse detrás de ella.

¿Qué es aquí lo protagonista? ¿Qué es lo que nos asombra y nos atrae?

¿La catedral?

Coloquemos con la imaginación esta catedral en la plaza de Milán ó en la isla de Francia, y resultará la catedral de Milán ó la de París: una gran catedral gótica.

¡Qué diferencia, sin embargo, si se la mira aquí encajada entre las callejas de Toledo! Es menester, para apreciarla, tropezar de repente con su mole rojiza, con uno de sus estribos ó una de sus grandes puertas ojivales; ó, al revolver el ángulo de una calleja, divisar la punta de su torre por sobre los tejados que casi se juntan dejando ver sólo una faja angosta é irregular de cielo.

Entonces es cuando uno siente, ¿la torre? ¿la catedral? Nó: algo más, mucho más: un cuento que se aparece, un cuento raro, sin acción determinada, pero sugestivo, perdurable como los cuentos de los niños.

¿Es entonces la iglesia de San Juan de los Reyes, las mezquitas árabes, ó las sinagogas judías, ó las puertas moriscas de la ciudad? ¿Es el carácter de las habitaciones, las calles, las plazas?

Si: es todo eso; pero amontonado en una roca negra á cuyos pies, muy abajo, rueda un río que

suená: es todo eso que trepa por la roca cruzada de callejuelas tan estrechas, que se puede dar la mano de un balcón á otro al través de ella; circundado de torreones árabes y muros dentellados llenos de rojizas negruras ó de verdin, y cuyas almenas se proyectan sobre el cielo por todas partes. Es el montón de casas desiguales, de puertas y ventanillas de todas clases y de todas épocas, abiertas sin simetría sobre los muros blancos. Y la red de callejuelas, que son más bien corredores, en línea quebrada las unas; cerradas por una construcción antiquísima y original las otras á pocos pasos de la otra calleja en que desembocan.

Esas casas y corredores se desarrollan sobre la roca, siguiendo las sinuosidades de esta, subiendo y bajando, interrumpiéndose por aquí en un barranco, en cuyo borde se alza el antiguo parapeto almenado, bajando por allá en áspero declive, lleno de ortigas y malvones y montones de escorias ó escombros, hasta la orilla del río que corre en el fondo; descendiendo por el otro lado á la vega por una escalera de piedra medio ruinosa que conduce á una de las puertas de la ciudad.

Esa escalera da á su vez acceso á un puente antiguo, con su antepecho de piedra que luce de trecho en trecho grandes bolas de granito, como balas de cañón sobre la punta de pirámides enanas y chatas. Y el puente cruza el Tajo; y allá, del otro lado del río, se ve la ribera opuesta á la en que estamos, tan escarpada como esta, y formada de piedra negra, semejante á enormes trozos de alumbre

oscuro que forman rombos salientes, cristalizaciones fantásticas. Sobre las puntas de estas, coronando la roca, se ve alzarse un castillo en ruinas, esqueleto de cuatro siglos, con torreones hechos pedazos, redondos los unos, cuadrados y almenados los otros, con lienzos de muro llenos de agujeros y melladuras, con penachos de verdura, con manchones de verdin.

Se mira hacia otro lado del río; y, desde lo alto de una calle interrumpida por la muralla en que uno está apoyado, se ve allá abajo el plano, el campo verde, la vega de las leyendas, en la que el Tajo, que suena á nuestros pies royendo la roca, culebrea hasta perderse á lo lejos, sereno y sin árboles en las márgenes.

Se atraviesa el río, al caer de la tarde, para ver la ciudad desde la vega. Es de allí Toledo una masa oscura, con manchones bermejos y puntos blancos, rodeada de muros que van desmoronándose y rodando hasta el río; una masa coronada de dentelladuras, de parapetos árabes, de torreones redondos ó cuadrados, de la silueta erizada de torrecillas y agujas y cresteria ondulante de San Juan de los Reyes.

Y vuelve uno á internarse por los vericuetos de la ciudad; y á cada paso se ve forzado á detenerse para ver ¿qué?

Otra nueva calleja ó red de callejuelas más original que la que antes nos había detenido, y tan llena de carácter, de color, de sugestiva hermosura, que nos arranca una instintiva exclamación. Con

qué facilidad crea allí la imaginación el cuadro que corresponde á ese fondo: la riña, el desafío de la calleja, el paso sigiloso del matón ó del amator nocturno, la confidencia ó la despedida del amante á través de la reja en plena edad media, en guerra de moros!

Mira un cuadro: es una callejuela de gran pendiente, que desemboca en la que vamos atravesando. Está cerrada en lo alto, á cincuenta ó sesenta metros de su salida, por una construcción extraña y curiosa: consta esta de tres cuerpos chatos y viejos sobrepuestos; el segundo avanza sobre la línea perpendicular del primero que apenas lo sostiene, y el tercero se adelanta á la del segundo: se aplastan los unos á los otros: parecen cimentados en el aire, formando una escalera invertida que se cae hacia adelante. El cuerpo inferior es una construcción gótica, pero gótica de veras, no ojival, sino hecha por los godos: dos columnas bajas de fuste liso de piedra con chapiteles toscos y roídos sostienen el dintel de la puerta, formado por una cornisa cóncava con bolas encajadas en ella de trecho en trecho. La puerta está claveteada con enormes clavos de hierro. El segundo cuerpo es una pared lisa, con dos ventanillas cuadradas, con cortinillas y flores; una leyenda. El tercero tiene una sola ventana cruzada de rejas como de cárcel. El viejo alero del tejado se adelanta á todo, recortando su sombra sobre las paredes, y su silueta sobre el cielo.

¡Qué líneas, qué color, cuánto carácter, cuánto claro-oscuro hay en eso! ¡Qué distinto es de la helada simetría de las ciudades modernas cortadas con tijera sobre un mismo molde, enfáticas, con sus calles de pacotilla y sus marcas de fábrica!

Mi amigo y maestro el notable pintor Ramirez, que me acompañaba con su cajita de colores bajo el brazo, se quedaba, como yo, extasiado á cada paso: me parecía un cazador que, á fuerza de ver salir conejos y perdices por todas partes, se resuelve á no disparar sobre ninguno por no interrumpir el goce de ver tantos. Nò, amigo artista, le decia yo señalándole su caja de colores: de ahí adentro no podrá Vd. sacar aquello: ahí ha cabido la montaña de Santander y una puesta de sol en sus valles; pero esa calleja, esa puesta de sol de un día de siglos. . . . ¡vamos! ¡Que no hay ahí bastante color!

¿Y esa callejuela de más allá y que de nuevo nos detiene? No está cerrada; pero una torrecilla árabe, cuadrada, con unos cuantos ajimeces abiertos sin simetría en sus muros bermejos, sale de la línea de las casas, y se atraviesa esbelta, haciendo formar un recodo á la calle. Los tejados de esta casi se juntan; las sombras bajo de ellos andan por la callejuela; sólo se ve allá arriba entre los dos bordes dentellados una tira irregular de cielo. Las casas de ambos lados tienen puertas góticas como la del

callejón sin salida, y ventanas abiertas aquí y allá, las unas pequeñas como agujeros, las otras mayores y cruzadas por rejas salientes y gruesas.

Es indudable que en esa callejuela en que, aún á medio día, se ve la huella de la noche anterior, anda algo invisible, algo muy antiguo y muy hermoso. En una de esas puertecillas acaba de entrar alguien embozado, el extremo de cuya capa levantada por la espada se ha visto flotar. ¿O era una mujer hermosa, y lo que flotaba era el extremo de su brial?

Esos cuadros salen al paso á cada momento y toman diverso carácter, segun la hora en que se observan, el estado del tiempo ó del ánimo: tristes á la tarde, llenos de luz y sombra y calor y vida en las horas de sol.

De noche no tienen rival.

No ha sospechado á Toledo quien no se ha metido á media noche entre sus callejuelas; quien no ha verificado la verdad de las leyendas fantásticas, al ver, en medio á la soledad y el silencio, la luz intermitente, temblorosa y amarilla de un farol colgado de una cuerda ante una imágen fija en un alto y liso paredón de piedra. La luz pestañea al través de los vidrios ahumados; vierte resplandores que andan un momento por la pared y se apagan; que hacen aparecer y hundirse de nuevo en la sombra la cabeza confusa de la imágen que parece asomar un instante en lo hondo para mirarnos tristemente: son, ¡qué se yo! quejidos ó bostezos

de luz, llamaradas enfermas que se tambalean, relámpagos en agonía. Todo eso pasa sólo en un pedazo de la pared; lo demás está obscuro.

Y ¡qué soledad! ¡qué silencio! Se sumerge uno en ambos con sólo separarse cincuenta pasos del compañero de excursión nocturna, y quedarse inmóvil un cuarto de hora en el ángulo de una callejuela. Parece que uno ha salido del mundo real y se ha sumergido en uno imaginado; que se ha ido lejos, muy lejos.

Las casas de tejados salientes, de puertas pequeñas y claveteadas, de ventanillas abiertas aquí y allá en la pared, todo herméticamente cerrado y obscuro; la torrecilla cuadrada, cuya silueta se deja sentir, haciendo formar un recodo á la calleja allá entre la media tinta; los rincones, el resplandor de las luces de trecho en trecho, voces que claman en el desierto; el color rojizo ó negruzco de una pared antiquísima, que contrasta con la masa blanca de un portal de piedra no menos antiguo, pero blanqueado con cal recientemente, todo es misterioso, sólo.

Dentro de esas casas duerme, sin embargo, gente, gente que alienta, que respira. Se oye la respiración de los dormidos desde la callejuela, unos de vez en cuando, un ronquido: todo se oye, pero muy debilmente. El silencio es allí el protagonista, ó los rumores muy vagos y lejanos, ó el brillo de plata de la estrella que, clavada en el fondo obscuro del cielo y tiritando en su soledad, se ve por entre los aleros de los tejados casi unidos.

¿Pero hay gente, entónces, en Toledo? me dirás tú. Porque hasta ahora he prescindido de ella; parece que estoy hablando de una ruina desierta.

Es verdad. Si: Toledo es una ciudad habitada; pero la gente es un accesorio; gente hay en todas partes ¡tanta gente!

Yo la he suprimido de aquí, como se suprimen con la imaginación las figuras en un paisaje pintado por un artista de genio, que ha sentido la naturaleza, y hace, del simple caer de una tarde sobre una montaña, un estado del alma propia ó del alma universal.

He suprimido hasta el canto de un ciego que cruzaba la callejuela acompañado de su lazarillo, y que, al sentir que allí había gente, nosotros, se detuvo á cantar acompañado de su guitarra debajo de un farol. En otra circunstancia, ese detalle me hubiera llamado mucho la atención; pero entónces yo buscaba el silencio, el silencio transformado en *ente la persona del silencio*.

Pues sí: aquí hay gente: gente que comercia, que se viste de levita y no de talabarte de terciopelo y calzas de seda y capotillo de mangas perdidas y espada al cinto: desentonos vivientes: gente que se alumbrá con luz eléctrica y clava los alambres incandescentes en el viejo portalón gótico, en el muro de la torrecilla mudéjar, en la hondonada de la callejuela sin salida, hechos solo para la obscuridad ó el farolillo ambulante; gente que está derribando poco á poco al Toledo insustituible; que está blanqueando con cal los portales visi-góticos

y remendando con construcciones modernas, sin carácter alguno, el maravilloso conjunto de la vetusta ciudad medioeval que ya casi no ofrece punto alguno de vista en que no disuene alguno de esos malhadados remiendos que interrumpen la ilusión, la hermosa impresión artística. Toledo va rodando al Tajo, ó amontonándose en las plazuelas y suburbios en forma de escombros.

Y eso ¿por qué?

Pues por nada, dirán los habitantes de Toledo: por una bagatela. Porque á título de que los visitantes y turistas y poetas se deleiten, no hemos de someternos nosotros, gente de carne y hueso, á alumbrarnos con candiles y á habitar ruinas, por mas características que ellas sean, ni nos hemos de exponer á que se nos ponga de sombrero un hermoso cupulin árabe, lleno de caracteres cúficos y sostenido por hermosas columnas de chapitel cúbico, el día que se le ocurra decir «hasta aquí he llegado» y le de por echarse á descansar sobre lo que encuentre debajo.

Y, bien mirado, ¿no es verdad que no les falta alguna razón á los buenos toledanos? No hay remedio: Toledo se va, se nos va poco á poco: la vida lo está matando.

El tronco del árbol negro con tres ó cuatro ramas que parecían brazos crispados: el árbol único que daba carácter al paisaje, está brotando por todas partes; los renuevos empiezan á borrar sus líneas. Y brota como los arbustos, como los árboles jóvenes, con las mismas yemas que revientan, y

las mismas hojas frescas é infantiles que sonrien.

Para esos troncos no debería haber primaveras; pero ¡qué le hemos de hacer! No pensarán así los pájaros que anidan en él.

La florescencia es lenta, sin embargo: aún hoy Toledo es la ciudad más característica y más sugestiva que conozco; no vacilo en decir que la más hermosa.

TOLEDO

España tiene en Toledo, en toda la masa de Toledo, su verdadero monumento, levantado por el tiempo, el grande artista.

Pocas ciudades me han sugerido las cosas que me está sugiriendo esta; no se si es porque la estoy visitando con mayor reposo que á otras, ó porque las impresiones recogidas en otras partes se han ido agrupando en mi espíritu, educándolo, y brotan ahora con mayor orden y nitidez al contacto de este extraño monumento.

El hecho es que yo siento aquí un espécimen de la historia humana, sobretodo de la medioeval.

Como se cuenta de aquellos *rastreadores* de nuestra tierra que distinguían en el polvo ó la yerba del desierto la huella de los hombres, y conocían por ella el número de los que habían pasado, y su raza, y la del caballo que montaban, y el número de los que llevaban en libertad, y el punto de que procedían y el á que se encaminaban, puede uno